

## SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, SOBRE EL GÉNESIS AL PIE DE LA LETRA, LIBRO INCOMPLETO.

Se trata el inicio del Génesis hasta el versículo 26: "Hagamos al hombre a nuestra imagen", etc.

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sobre los aspectos oscuros de las cosas naturales, que sentimos hechas por el Dios omnipotente como artífice, se debe tratar no afirmando, sino buscando; especialmente en los Libros que la autoridad divina nos recomienda, en los cuales la temeridad de afirmar una opinión incierta y dudosa difícilmente evita el crimen de sacrilegio: sin embargo, la duda en la búsqueda no debe exceder los límites de la fe católica. Y dado que muchos herejes han acostumbrado a arrastrar la exposición de las Escrituras divinas hacia su propia opinión, que está fuera de la fe de la disciplina católica, antes de la discusión de este libro, la fe católica debe ser brevemente explicada.

2. Esta es: que Dios Padre omnipotente creó y estableció toda la creación a través de su Hijo unigénito, es decir, su Sabiduría y Poder consustancial y coeterno con Él, en la unidad del Espíritu Santo, también consustancial y coeterno. Por lo tanto, la disciplina católica ordena creer que esta Trinidad es un solo Dios, y que Él hizo y creó todo lo que existe, en cuanto existe; de modo que toda criatura, ya sea intelectual o corporal, o lo que se puede decir más brevemente según las palabras de las Escrituras divinas, ya sea invisible o visible, no es de la naturaleza de Dios, sino que fue hecha por Dios de la nada: y que no hay nada en ella que pertenezca a la Trinidad, excepto lo que la Trinidad creó, esto fue creado. Por lo tanto, no es lícito decir o creer que toda la creación es consustancial o coeterna con Dios.

3. He aquí que todo lo que Dios hizo es muy bueno: y que el mal no es natural; sino que todo lo que se llama mal es o pecado, o castigo del pecado. Y que no hay pecado sino el consentimiento perverso de la voluntad libre, cuando nos inclinamos hacia lo que la justicia prohíbe, y de lo que es libre abstenerse; es decir, no en estas cosas, sino en su uso ilegítimo. El uso legítimo de las cosas es que el alma permanezca en la ley de Dios, y esté sujeta a un solo Dios con amor pleno, y que las demás cosas le sirvan sin codicia o lujuria, es decir, según el mandamiento de Dios. Así administrará sin dificultad y miseria, y con suma facilidad y felicidad. El castigo del pecado es cuando el alma es atormentada por las mismas criaturas que no le sirven, cuando ella no sirve a Dios: la cual criatura le obedecía cuando ella obedecía a Dios. Por lo tanto, el fuego no es malo, porque es una criatura de Dios; pero sin embargo, nuestra debilidad es quemada por él como mérito del pecado. Se dice que los pecados son naturales, los cuales es necesario cometer antes de la misericordia de Dios, después de que caímos en esta vida por el pecado del libre albedrío.

4. El hombre es renovado por Jesucristo nuestro Señor, cuando la misma Sabiduría inefable e inmutable de Dios se dignó asumir al hombre pleno y completo, y nacer del Espíritu Santo y de la Virgen María; ser crucificado, sepultado, resucitar y ascender al cielo, lo cual ya ha sucedido; y venir a juzgar a los vivos y a los muertos al final del mundo, y la resurrección de los muertos en la carne, lo cual aún se predica que sucederá. Se ha dado el Espíritu Santo a los que creen en Él. Se ha constituido por Él la madre Iglesia, que se llama Católica, porque es universalmente perfecta, y no cojea en nada, y está difundida por todo el mundo. Se han perdonado los pecados anteriores a los penitentes, y se ha prometido la vida eterna y el reino de los cielos.

## CAPÍTULO SEGUNDO.

5. Según esta fe, se debe considerar lo que se puede buscar y discutir en este libro. En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Cuatro modos son transmitidos por algunos tratadistas de las Escrituras para exponer la Ley, cuyos nombres pueden ser pronunciados en griego, pero definidos y explicados en latín: según la historia, según la alegoría, según la analogía, según la etiología. La historia es cuando se recuerda un hecho, ya sea divino o humano. La alegoría, cuando se entienden las cosas dichas figuradamente. La analogía, cuando se demuestra la congruencia de los Testamentos Antiguo y Nuevo. La etiología, cuando se dan las causas de las palabras y hechos.

## CAPÍTULO TERCERO.

6. Por lo tanto, lo que está escrito, En el principio creó Dios el cielo y la tierra, se puede preguntar si debe ser entendido solo según la historia, o si también significa algo figuradamente, y cómo concuerda con el Evangelio, y por qué razón este libro comenzó así. Según la historia, se pregunta qué significa En el principio, es decir, si en el principio del tiempo, o en el principio en la misma Sabiduría de Dios, porque el mismo Hijo de Dios se llamó a sí mismo principio, cuando se le dijo, ¿Tú quién eres? y dijo, Principio, lo que también os hablo (Juan 8, 25). Porque hay un Principio sin principio, y hay un Principio con otro principio. El Principio sin principio es solo el Padre, por eso creemos que todo es de un solo principio: pero el Hijo es Principio de tal manera que es del Padre. También la primera criatura intelectual puede ser llamada principio para aquellos de los que es cabeza, que Dios hizo. Porque cuando el Apóstol llama correctamente principio a la cabeza, sin embargo, no dijo que la mujer fuera cabeza de alguien. Pues dijo que el hombre es cabeza de la mujer, y Cristo cabeza del hombre, y Dios cabeza de Cristo (1 Cor. 11, 3): así la criatura se sujeta al Creador.

7. ¿O se dijo En el principio porque fue hecho primero? ¿O no pudo ser hecho primero entre las criaturas el cielo y la tierra, si los ángeles y todas las Potestades intelectuales fueron hechas primero? Porque también debemos creer que los ángeles son criaturas de Dios, y hechos por Él. Pues el profeta enumeró a los ángeles en el salmo ciento cuarenta y ocho cuando dijo: Él mandó, y fueron hechos; Él ordenó, y fueron creados (Sal. 148, 5). Pero si los ángeles fueron hechos primero, se puede preguntar si fueron hechos en el tiempo, o antes de todo tiempo, o en el comienzo del tiempo. Si en el tiempo, ya había tiempo antes de que los ángeles fueran hechos; y dado que el mismo tiempo es una criatura, es necesario que algo sea hecho antes que los ángeles. Pero si decimos que fueron hechos en el comienzo del tiempo, para que el tiempo comenzara con ellos, se debe decir que es falso lo que algunos quieren, que con el cielo y la tierra comenzó el tiempo.

8. Pero si los ángeles fueron hechos antes que el tiempo, se debe preguntar cómo se dijo en lo que sigue: Y dijo Dios, Haya luminarias en el firmamento del cielo, para que alumbren sobre la tierra, y separen entre la noche y el día; y sean para señales, y tiempos, y días, y años. Aquí se puede ver que entonces comenzaron los tiempos, cuando el cielo y las luminarias del cielo comenzaron a correr en caminos ordenados: lo cual, si es verdad, ¿cómo pudieron ser días antes de que hubiera tiempo, si el tiempo comenzó con el curso de las luminarias, que se dice que fueron hechas el cuarto día? ¿O esta disposición de los días fue ordenada según la costumbre de la fragilidad humana por la ley de narrar y de insinuar humildemente las cosas sublimes, por la cual el mismo discurso del narrador no puede sino tener algunas cosas primeras, medias y últimas? ¿O en estos tiempos se dijo que hubiera luminarias, que los hombres miden con intervalos de pausas en el movimiento del cuerpo? Porque estos tiempos,

si no hubiera movimiento de cuerpos, no existirían, y son los más manifiestos para los hombres. Si admitimos esto, se debe preguntar si puede haber tiempo sin el movimiento de cuerpos en el movimiento de una criatura incorpórea, como es el alma o la misma mente; que ciertamente se mueve en pensamientos, y en ese movimiento tiene algo primero, algo después, lo cual no se puede entender sin intervalo de tiempo. Si aceptamos esto, también antes del cielo y la tierra se puede entender que hubo tiempo, si antes del cielo y la tierra fueron hechos los ángeles. Porque ya había una criatura que con movimientos incorpóreos hacía tiempo: y se entiende correctamente que con ella también había tiempo, como en el alma que, acostumbrada a los sentidos corporales, se mueve por movimientos corporales. Pero tal vez no está en los príncipes y criaturas superiores. Pero de cualquier manera que esto se tenga (pues es una cosa muy secreta e impenetrable para las conjeturas humanas), ciertamente se debe aceptar en la fe, aunque exceda el modo de nuestro pensamiento, que toda criatura tiene un inicio; y que el mismo tiempo es una criatura, y por lo tanto tiene un inicio, y no es coeterno con el Creador.

9. También se puede ver que el cielo y la tierra se pusieron por toda la creación, de modo que tanto este firmamento etéreo visible se llamó cielo, como aquella criatura invisible de Potestades superiores; y nuevamente la tierra, toda la parte inferior del mundo, con los animales que la habitan. ¿O se dijo cielo toda criatura sublime e invisible, y tierra todo lo visible, para que también así lo que se dijo, En el principio creó Dios el cielo y la tierra, se entienda como toda la creación? Porque tal vez no incongruentemente en comparación con la criatura invisible, todo lo visible se llama tierra, para que aquella sea llamada con el nombre de cielo. Porque también el alma que es invisible, cuando se hinchaba con el amor de las cosas visibles, y se exaltaba con su obtención, fue llamada tierra, como está escrito. ¿Por qué se enorgullece la tierra y la ceniza? (Eclo. 10, 9).

10. Pero se puede preguntar si ya dijo todas las cosas distintas y compuestas como cielo y tierra, o si llamó cielo y tierra a la misma materia informe del universo, que fue dispuesta en estas naturalezas formadas y hermosas por el mandato inefable de Dios. Aunque leímos escrito, Tú que hiciste el mundo de materia informe (Sab. 11, 18); sin embargo, no podemos decir que incluso esa materia, sea cual sea, no fue hecha por Él, de quien confesamos y creemos que todo es: para que también esa disposición y ordenación de cada una de las cosas formadas y distintas se llame mundo; y la misma materia cielo y tierra, como si fuera la semilla del cielo y la tierra; y el cielo y la tierra como confusos y mezclados por el artífice Dios, aptos para recibir formas. Hasta aquí se ha buscado sobre lo que se dijo, En el principio creó Dios el cielo y la tierra: porque no se debe afirmar nada de esto temerariamente.

#### CAPÍTULO CUARTO.

11. La tierra, sin embargo, era invisible e incompleta, y las tinieblas estaban sobre el abismo; y el Espíritu de Dios se movía sobre el agua. Los herejes que se oponen al Antiguo Testamento suelen levantar calumnias contra este pasaje, diciendo: ¿Cómo en el principio creó Dios el cielo y la tierra, si ya la tierra existía? no entendiendo que esto se añadió para explicar cómo era la tierra, de la cual ya se había dicho, creó Dios el cielo y la tierra. Así, pues, se debe entender: En el principio creó Dios el cielo y la tierra; pero esta tierra que Dios hizo, era invisible e incompleta, hasta que por el mismo fue distinguida, y de la confusión fue constituida en un orden cierto de cosas. ¿O se entiende mejor así, que en esta ejecución nuevamente se recomendó la misma materia de las cosas, que anteriormente había sido llamada con el nombre de cielo y tierra, para que este sea el sentido: En el principio creó Dios el cielo y la tierra; pero esto que se llamó cielo y tierra, era tierra invisible e incompleta, y tinieblas sobre el abismo; es decir, lo que se llamó cielo y tierra, era una materia confusa, de

la cual el mundo, que consta de dos partes máximas, a saber, el cielo y la tierra, con los elementos dispuestos y recibida la forma, sería fabricado? Esta confusión de materia pudo ser insinuada a la inteligencia popular si se dijera tierra invisible e incompleta, o desordenada, o no preparada, y tinieblas sobre el abismo, es decir, sobre una vastísima profundidad: que nuevamente tal vez fue llamada profundidad porque ninguna inteligencia puede penetrarla debido a su misma falta de forma.

12. Y las tinieblas estaban sobre el abismo. ¿Acaso el abismo estaba debajo y las tinieblas encima, como si ya los lugares estuvieran distinguidos? ¿O porque aún se expone la confusión de la materia, que también se llama caos en griego, por eso se dijo, las tinieblas estaban sobre el abismo, porque no había luz: que si existiera, ciertamente estaría encima, porque sería más eminente, e iluminaría lo que le estaba sujeto? Y en verdad, quien considera diligentemente qué son las tinieblas, no encuentra otra cosa que la ausencia de luz. Así, pues, se dijo, Las tinieblas estaban sobre el abismo, como si se dijera, No había luz sobre el abismo. Por lo tanto, esta materia que en la operación subsiguiente de Dios se ordena en formas de cosas, fue llamada tierra invisible e incompleta, y profundidad carente de luz; que fue llamada anteriormente con el nombre de cielo y tierra, como si fuera semilla, como ya se dijo, del cielo y la tierra. Si, sin embargo, no quiso proponer primero la universalidad diciendo cielo y tierra, para después, insinuada la materia, ejecutar las partes del mundo.

13. Y el Espíritu de Dios se movía sobre el agua. En ninguna parte dijo, Dios hizo el agua; sin embargo, de ningún modo se debe creer que Dios no hizo el agua, y que ya existía antes de que Él constituyera algo. Porque Él es de quien todo es, por quien todo es, en quien todo es, como dice el Apóstol (Rom. 11, 36). Por lo tanto, también Dios hizo el agua, y creer de otra manera es un gran error. ¿Por qué, entonces, no se dijo que Dios hizo el agua? ¿O nuevamente quiso llamar agua a la misma materia, que había llamado con el nombre de cielo y tierra, o de tierra invisible e incompleta y abismo? ¿Por qué no también se llamaría agua, si pudo llamarse tierra, cuando aún no era ni agua distinta y formada ni tierra, ni otra cosa? Pero tal vez primero fue llamada cielo y tierra, en segundo lugar tierra incompleta y abismo carente de luz, en tercer lugar agua no incongruentemente: para que primero la materia de la misma universalidad, hecha de la nada, fuera llamada con el nombre de cielo y tierra; en segundo lugar, con el nombre de tierra incompleta y abismo se insinuara la falta de forma, porque entre todos los elementos la tierra es más informe, y menos resplandeciente que los demás; en tercer lugar, con el nombre de agua se significara la materia sujeta a la obra del artífice, porque el agua es más móvil que la tierra; y por eso, debido a la facilidad de la obra y el movimiento más fácil, la materia sujeta al artífice debía ser llamada más agua que tierra.

14. Y ciertamente el aire es más móvil que el agua; pero el éter es más móvil que el mismo aire, no absurdamente se cree o se siente: pero con el nombre de aire o éter menos convenientemente se llamaría materia. Porque estos elementos se cree que tienen más la fuerza de hacer, pero la tierra y el agua de padecer. Si esto es oculto, aquello ciertamente creo que es clarísimo, que el agua es movida por el viento, y algunas cosas terrenas; pero el viento es aire movido y como fluctuante. Por lo tanto, cuando el aire mueve el agua manifiestamente, y de donde se mueve para ser viento es oculto; ¿quién duda que más convenientemente se llame materia con el nombre de agua porque es movida, que con el nombre de aire que mueve? Pero ser movido es padecer, mover es hacer. A esto se añade que las cosas que la tierra produce, son regadas por el agua, para que puedan nacer y perfeccionarse, de modo que casi parece que la misma agua se convierte en estas cosas nacientes. Por lo tanto, más convenientemente se llamaría materia con el nombre de agua, cuando se insinuara sujeción a la obra del artífice por la movilidad y conversión en cualquier cuerpo naciente, que con el nombre de aire en el cual solo se podría advertir la movilidad,

pero faltarían las demás cosas por las cuales se significara más expresamente la materia; para que todo este sea el sentido: En el principio creó Dios el cielo y la tierra, es decir, la materia que podría recibir la forma de cielo y tierra; la cual materia era tierra invisible e incompleta, es decir, profundidad informe y carente de luz: que sin embargo, porque estaba sujeta al que mueve y obra, por esto mismo que cede al que obra, también fue llamada agua.

15. En esta, pues, significación de la materia primero se insinuó su fin, es decir, para qué fue hecha; en segundo lugar, la misma falta de forma, en tercer lugar, la servidumbre bajo el artífice y sujeción. Por lo tanto, primero cielo y tierra, porque para esto fue hecha la materia; en segundo lugar, tierra invisible e incompleta, y tinieblas sobre el abismo, es decir, la misma falta de forma sin luz, por lo cual también fue llamada tierra invisible; en tercer lugar, agua sujeta al espíritu para recibir hábito y formas: por eso el Espíritu de Dios se movía sobre el agua, para que entendamos al Espíritu obrando, y al agua de la cual obraba, es decir, materia fabricable. Porque cuando decimos estos tres nombres de una cosa, materia del mundo, materia informe, materia fabricable, al primer nombre se le adjunta bien cielo y tierra; al segundo oscuridad, confusión, profundidad, tinieblas; al tercero facilidad de ceder, a la cual ya para obrar el Espíritu se mueve del artífice.

16. Y el Espíritu de Dios se movía sobre el agua. No se movía así como el aceite sobre el agua, o el agua sobre la tierra, es decir, como si fuera contenido; sino, si para esto se deben tomar ejemplos de las cosas visibles, como se mueve la luz del sol o de la luna sobre estos cuerpos, que ilumina en la tierra: porque no es contenida por ellos; pero aunque es contenida por el cielo, se mueve sobre estos. También se debe evitar pensar que el Espíritu de Dios se mueve sobre la materia como por espacios de lugares, sino por una fuerza de hacer y fabricar, para que aquello sobre lo que se mueve sea hecho y fabricado; como se mueve la voluntad del artífice sobre la madera, o cualquier cosa sujeta para obrar, o incluso sobre los mismos miembros de su cuerpo, que mueve para obrar. Y esta similitud, aunque ya es más excelente que todo cuerpo, es pequeña, y casi nada para entender el movimiento del Espíritu de Dios, sobre la materia del mundo sujeta a Él para obrar: pero no encontramos una similitud más evidente y más cercana a la cosa de la que hablamos, en las cosas que de alguna manera pueden ser captadas por los hombres. Por lo tanto, en este tipo de pensamiento se observará mejor aquel precepto que está escrito: Bendiciendo a Dios, exaltadlo cuanto podáis, lo superará aún (Eclo. 43, 33). Esto, sin embargo, se dice, si en este lugar el Espíritu de Dios se entiende como el Espíritu Santo, a quien veneramos en la misma Trinidad inefable e inmutable.

17. También se puede entender de otra manera, que el espíritu de Dios sea la criatura vital que contiene y mueve todo este mundo visible y todos los cuerpos; a la cual Dios omnipotente le ha dado una cierta fuerza para servirle en la obra de lo que se genera. Este espíritu, siendo mejor que cualquier cuerpo etéreo, porque toda criatura invisible precede a toda criatura visible, no absurdamente se llama espíritu de Dios. Pues, ¿qué no es de Dios de entre las cosas que ha creado, cuando incluso de la misma tierra se ha dicho: "Del Señor es la tierra y su plenitud" (Salmo XXIII, 1); y aquello que está escrito en un sentido universal: "Porque tuyas son todas las cosas, Señor, que amas las almas" (Sabiduría XI, 27)? Pero entonces este espíritu puede entenderse así, si lo que se ha dicho, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", lo entendemos solo de la criatura visible; de modo que sobre la materia de las cosas visibles, al inicio de su creación, se moviera un espíritu invisible, que también sería una criatura, es decir, no Dios, sino una naturaleza hecha e instituida por Dios. Sin embargo, si se cree que la materia de toda criatura, es decir, tanto intelectual como animal y corporal, está expresada con el término agua, de ninguna manera en este lugar puede entenderse el

Espíritu de Dios sino como aquel inmutable y santo, que se movía sobre la materia de todas las cosas que Dios hizo y creó.

18. Una tercera opinión sobre este espíritu puede surgir, que se crea que el nombre espíritu se refiere al elemento aire; de modo que se insinúen los cuatro elementos de los que surge este mundo visible: cielo, tierra, agua y aire; no porque ya estuvieran distinguidos y ordenados, sino porque en la confusión informe de aquella materia se prefiguraban como futuros: esta confusión informe se ha recomendado con el nombre de tinieblas y abismo. Pero cualquiera que sea la verdad de estas opiniones, se debe creer que Dios es el autor y creador de todas las cosas que han surgido, visibles e invisibles, no en cuanto a los vicios que son contra la naturaleza, sino en cuanto a las mismas naturalezas; y que no hay absolutamente ninguna criatura que no tenga de Él el inicio y la perfección de su género y sustancia.

## CAPÍTULO V.

19. Y dijo Dios: "Hágase la luz"; y se hizo la luz. No debemos entender que Dios dijo "Hágase la luz" con una voz emitida desde los pulmones, ni con lengua y dientes. Estas son concepciones carnales: pero pensar según la carne es muerte (Romanos VIII, 6). Sin embargo, se dijo de manera inefable: "Hágase la luz". Ahora bien, se puede preguntar si lo que se dijo fue dicho al Hijo unigénito, o si lo que se dijo es el mismo Hijo unigénito, que se llama la palabra de Dios por la cual todas las cosas fueron hechas (Juan I, 1, 3); siempre que esté lejos de nosotros la impiedad de creer que el Verbo de Dios, el Hijo unigénito, es como una voz pronunciada como hacemos nosotros. El Verbo de Dios, por el cual todas las cosas fueron hechas, ni comenzó a ser ni dejará de ser; sino que, nacido sin inicio, es coeterno con el Padre. Por lo tanto, lo que se dijo, "Hágase la luz", si comenzó y dejó de decirse, más bien fue dicho al Hijo que es el Verbo, que el mismo Hijo. Y sin embargo, también esto de manera inefable; que no se infiltre en el alma una imagen carnal y perturbe el entendimiento piadoso y espiritual. Porque comenzar algo y dejar de hacerlo en la naturaleza de Dios, si se toma propiamente, es una opinión temeraria y precipitada: sin embargo, a los carnales y pequeños, no como si fueran a permanecer en ello, sino como si fueran a levantarse de allí, se les debe conceder humanamente. Porque todo lo que se dice que Dios comienza y deja de hacer, de ninguna manera debe entenderse en su naturaleza, sino en su criatura, que le obedece de maneras maravillosas.

20. Y dijo Dios: "Hágase la luz". ¿Se refiere a la luz que se manifiesta a estos ojos carnales, o a alguna luz oculta que no nos es dado ver a través de este cuerpo? Y si es oculta, ¿es corpórea, que tal vez se extiende por los espacios de los lugares en las partes sublimes del mundo; o es incorpórea, como la que está en el alma, a la que se refiere el juicio de evitar y apetecer desde los sentidos del cuerpo, de la cual no carecen ni siquiera las almas de los animales, o es aquella que aparece superior al razonar, de la cual comienza todo lo que ha sido creado? Porque cualquier luz que signifique, debemos entenderla como hecha y creada: no aquella con la que resplandece la misma Sabiduría de Dios, que no fue creada, sino nacida; para que no se piense que Dios estuvo sin luz antes de crear esta de la que ahora se habla. Porque de esta, como las mismas palabras enseñan suficientemente, se encomienda que fue hecha: "Y dijo: Hágase la luz; y se hizo la luz". Una es la luz nacida de Dios, y otra la luz que Dios hizo: la luz nacida de Dios es la misma Sabiduría de Dios; la luz hecha es cualquier luz mutable, ya sea corpórea o incorpórea.

21. Sin embargo, suele inquietar cómo pudo haber luz corpórea antes de que existieran el cielo y las luminarias del cielo, que se exponen después de esta: como si esto pudiera ser fácilmente percibido por el hombre, o de alguna manera pudiera ser, si hay alguna luz aparte

del cielo, que sin embargo esté distinguida y difundida por los espacios de los lugares, y abarque el mundo. Pero dado que aquí se puede entender también una luz incorpórea, si decimos que en este libro no se expone solo la criatura visible, sino toda criatura, ¿qué necesidad hay de detenerse en esta controversia? Y tal vez lo que los hombres buscan, cuándo fueron hechos los ángeles, se significa con esta luz, muy brevemente, pero sin embargo de manera conveniente y decente.

22. Y vio Dios que la luz era buena. Esta sentencia no debe entenderse como una alegría por un bien insólito, sino como una aprobación de la obra. Pues, ¿qué es más conveniente decir de Dios, en cuanto se puede decir entre los hombres, que cuando se pone así: Dijo, se hizo, le agradó; de modo que en lo que dijo, se entienda su mandato; en lo que se hizo, su poder; en lo que le agradó, su bondad: así como estas cosas inefables debieron ser dichas por el hombre a los hombres, para que pudieran ser útiles a todos.

23. Y Dios separó la luz de las tinieblas. De aquí se puede entender con cuánta facilidad del divino obrar se dice que estas cosas fueron hechas. Pues no hay nadie que piense que la luz fue hecha de tal manera que estuviera confundida con las tinieblas, y por eso después necesitara separación; sino que en el mismo hecho de que la luz fue hecha, también se siguió la separación entre la luz y las tinieblas. Pues, ¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas? (II Cor. VI, 14). Dios, por tanto, separó la luz de las tinieblas, porque hizo la luz, cuya ausencia se llama tinieblas. Hay una diferencia entre la luz y las tinieblas, como la hay entre la vestimenta y la desnudez, o lo lleno y lo vacío, y cosas similares.

24. Ya se ha dicho de cuántas maneras se puede entender la luz, a las cuales las privaciones contrarias pueden llamarse tinieblas. Pues una es la luz que se ve con estos ojos corporales, también ella corpórea; como la del sol, la luna, las estrellas, y cualquier cosa de este tipo, a la cual son contrarias las tinieblas cuando algún lugar carece de esa luz. Otra luz es la vida que siente, y que puede discernir lo que se refiere al juicio del alma a través del cuerpo, es decir, lo blanco y lo negro, lo sonoro y lo ronco, lo fragante y lo maloliente, lo dulce y lo amargo, lo caliente y lo frío, y otras cosas de este tipo. Pues una es la luz que se siente con los ojos, y otra es la que actúa a través de los ojos para que se sienta. Aquella está en el cuerpo, pero esta, aunque perciba a través del cuerpo lo que siente, está en el alma. A esta le son contrarias las tinieblas, una cierta insensibilidad, o si se dice mejor insensualidad, es decir, no sentir, aunque se presenten cosas que podrían ser sentidas si en esa vida estuviera esta luz de la que se siente. Ni esto ocurre cuando faltan los ministerios del cuerpo, como en los ciegos o sordos: pues en las almas de estos está esta luz de la que ahora hablamos; pero faltan los instrumentos del cuerpo. Ni de aquella manera, en que en el silencio no se oye la voz, cuando tanto esta luz está en el alma, y están presentes los instrumentos del cuerpo, pero no se presenta nada que pueda ser sentido. Por tanto, quien no siente por estas causas, no carece de esta luz; sino cuando tal potencia no está en el alma, que ya ni siquiera suele llamarse alma, sino solo vida, como se dice que es la vida de la vid y el árbol, y de cualquier planta: si es que se puede persuadir de alguna manera que tengan tal vida, que algunos herejes muy errados creen que no solo sienten a través del cuerpo, es decir, ver, oír, y discernir el calor y el fuego; sino que también entienden la razón, y conocen nuestros pensamientos: pero esto es otra cuestión. La insensibilidad, por tanto, son las tinieblas de esta luz, cuando cualquier vida no tiene la misma capacidad de sentir. Sin embargo, quien concede que esta luz se dice correctamente, concede que se dice luz, por la cual cualquier cosa se manifiesta. Pues cuando decimos, Esto es manifiestamente sonoro, esto es manifiestamente dulce, esto es manifiestamente frío, y lo que tal vez de este género tocamos a través de los sentidos corporales; esta luz por la cual estas cosas son manifiestas, ciertamente está dentro del alma, aunque se presenten a través del cuerpo las cosas que así se sienten. Un tercer tipo de luz en

las criaturas puede entenderse, por la cual razonamos. A esta le son contrarias las tinieblas de la irracionalidad, como son las almas de los animales.

25. Por tanto, ya sea que se entienda la luz etérea, o la sensorial de la que participan los animales, o la racional que tienen los ángeles y los hombres, se debe entender que esta sentencia quiere que se entienda que fue hecha por Dios; se debe entender que Dios separó la luz de las tinieblas, en el mismo hecho de que la luz fue hecha, lo que es diferente de las privaciones de la luz, que Dios ordenó en las tinieblas contrarias. Pues no se dice que Dios hizo las tinieblas: porque Dios hizo las especies mismas, no las privaciones que pertenecen a la nada, de donde todas las cosas fueron hechas por el artífice Dios; las cuales, sin embargo, entendemos que fueron ordenadas por Él, cuando se dice: "Y Dios separó la luz de las tinieblas", para que ni siquiera las privaciones carecieran de su orden, con Dios gobernando y administrando todo. Así como en el canto, las interposiciones de silencios en ciertos intervalos moderados, aunque sean privaciones de voces, sin embargo, son bien ordenadas por aquellos que saben cantar, y contribuyen algo a la suavidad de toda la melodía. Y las sombras en las pinturas distinguen las partes más prominentes, y no agradan por la especie, sino por el orden. Pues tampoco Dios es autor de nuestros vicios; pero sin embargo es el ordenador, cuando coloca a los pecadores en el lugar que les corresponde, y los obliga a sufrir lo que merecen. A esto se refiere que las ovejas se colocan a la derecha, y los cabritos a la izquierda (Mateo XXV, 33). Por tanto, algunas cosas las hace Dios y las ordena; otras solo las ordena. A los justos los hace y los ordena; a los pecadores, en cuanto son pecadores, no los hace, sino que solo los ordena. Pues cuando los coloca a la derecha, y a los otros a la izquierda, y cuando ordena que vayan al fuego eterno, se refiere al orden de los méritos. Así, las especies y naturalezas mismas las hace y las ordena; pero las privaciones de las especies y los defectos de las naturalezas no las hace, sino que solo las ordena. Por tanto, dijo: "Hágase la luz"; y se hizo la luz. No dijo: "Háganse las tinieblas"; y se hicieron las tinieblas. De estas cosas, por tanto, hizo una, no hizo la otra, pero ordenó ambas, cuando Dios separó la luz de las tinieblas. Así, con Él haciendo, las cosas individuales son bellas, y con Él ordenando, todas las cosas son bellas.

## CAPÍTULO VI.

26. Y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche. Como tanto luz es el nombre de algo, como día nuevamente, y tanto tinieblas como noche son ambos nombres, ambos debieron ser dichos así, que los nombres fueron impuestos a las cosas, de modo que aquella cosa a la que se le impuso un nombre, ciertamente con otro nombre, pues de otro modo no podría ser enunciada. Y así se dijo: "Llamó Dios a la luz día", de modo que también podría decirse indiferentemente al revés: "Llamó Dios al día luz, y llamó a la noche tinieblas". ¿Qué le responderemos, si alguien nos pregunta así: Se le impuso el nombre de día a la luz, o se le impuso el nombre de luz al día? porque estos dos, en cuanto se enuncian con voz articulada para significar cosas, son nombres. De este modo también se puede preguntar sobre los otros dos: ¿Se le impuso el nombre de noche a las tinieblas, o se le impuso el nombre de tinieblas a la noche? Y de hecho, como describe la Escritura, es manifiesto que el nombre de luz fue dicho día, y el nombre de tinieblas fue dicho noche. Porque cuando decía, Dios hizo la luz, y separó la luz de las tinieblas, aún no se trataba de los vocablos: después se añadieron los vocablos, día y noche; cuando sin duda aquellos también son vocablos, luz y tinieblas, significando algunas cosas, como día y noche. Por tanto, esto debe entenderse así, porque de otro modo no podría enunciarse la cosa que recibió un nombre, sino con algún nombre; o más bien, ¿debe entenderse esta vocación como la misma distinción? Pues no toda luz es día, ni todas las tinieblas son noche; sino que la luz y las tinieblas ordenadas y distinguidas entre sí en ciertas vicisitudes, se llaman con los nombres de día y noche. Pues todo vocablo vale para

la distinción. De donde también el nombre que señala una cosa, se llama así, como si fuera un notamen. Pues señala, es decir, distingue y ayuda a discernir con docilidad. Tal vez, por tanto, el mismo hecho de separar entre la luz y las tinieblas, es llamar a la luz día, y a las tinieblas noche, de modo que esto sea ordenar estas cosas lo que es llamar. ¿O estos vocablos quieren significarnos qué luz dijo, y qué tinieblas; como si dijera, Dios hizo la luz, y separó entre la luz y las tinieblas; pero digo luz día, y digo tinieblas noche: para que no entiendas alguna otra luz que no sea día; y para que no entiendas algunas otras tinieblas que no sean noche? Pues si toda luz pudiera entenderse como día, y todas las tinieblas se consideraran con el nombre de noche, tal vez no sería necesario decir: "Y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche".

27. También se puede preguntar qué día dice, y qué noche. Si quiere que se entienda este día que el orto del sol inicia, y el ocaso cierra, y esta noche que se extiende desde el ocaso del sol hasta el orto; no encuentro cómo pudieron ser, antes de que fueran hechos los luminarias del cielo. ¿O los mismos espacios de horas y tiempos, incluso sin la distinción de resplandor y sombra, ya pudieron ser llamados así? ¿Y cómo en aquella luz racional, si esta es la significada, o sensorial, cabe esta vicisitud, que se significa con el nombre de día y noche? ¿O no según lo que ocurre, sino según lo que puede ocurrir, estas cosas fueron insinuadas; porque también a la razón puede sucederle el error, y al sentido cierta torpeza?

## CAPÍTULO VII.

28. Y fue la tarde, y fue la mañana, un día. Ahora el día no se llama de la misma manera que cuando se decía: "Y llamó Dios a la luz día"; sino de la manera en que decimos, por ejemplo, que el mes tiene treinta días: pues con este nombre de día también incluimos las noches; pero antes se dijo día de tal manera que se separara de la noche. Por lo tanto, cuando se insinúa la operación del día realizada por la luz, consecuentemente se dice que fue la tarde, y fue la mañana un día; para que sea un día desde el comienzo del día hasta el comienzo del día, es decir, desde la mañana hasta la mañana, como llamamos días contando las noches, como dije. Pero, ¿cómo fue la tarde, y fue la mañana? ¿Acaso Dios hizo la luz, y separó entre la luz y las tinieblas, con tanta demora de tiempo como se extiende el día luminoso, es decir, sin contar la noche? ¿Y dónde está lo que está escrito: "Porque a ti te es posible cuando quieras" (Sabiduría XII, 18), si Dios necesita la producción del tiempo para perfeccionar algo? ¿O todas las cosas están perfectas en Dios, como en el arte y la razón, no en la producción del tiempo, sino en la misma fuerza con la que también las cosas que vemos no estar, sino pasar, las hace establemente? Pues no es creíble que en nuestro discurso, cuando unas palabras pasan y otras suceden, así se haga en el mismo arte, por el cual operando establemente se presenta la oratoria artificiosa. Aunque, por tanto, Dios haga sin la producción del tiempo, a quien le es posible cuando quiera; sin embargo, las mismas naturalezas temporales realizan sus movimientos temporalmente. Así, por tanto, tal vez se dijo: "Y fue la tarde, y fue la mañana, un día", como se prevé en la razón que debe o puede hacerse, no como se hace en los tratos temporales. Pues en la misma razón contempló la operación en el Espíritu Santo, quien dijo: "El que permanece para siempre creó todas las cosas al mismo tiempo" (Eclesiástico XVIII, 1): pero muy convenientemente en aquel libro, como una narración dispuesta de las cosas hechas por Dios en intervalos de demoras, para que la misma disposición, que no podía ser vista por las almas más débiles con una contemplación estable, expuesta por este tipo de orden del discurso, se viera como con estos ojos.

## CAPÍTULO VIII.

29. Y dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. Y así fue. E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las aguas que estaban sobre el firmamento. ¿Son estas aguas sobre el firmamento iguales a las visibles bajo el firmamento? ¿O porque parece referirse a aquella agua sobre la cual el Espíritu se movía, y entendíamos que era la misma materia del mundo, también aquí debe creerse que está separada por el firmamento interpuesto, de modo que la materia corporal sea inferior y la animal superior? Este firmamento es lo que después llama cielo. Entre los cuerpos celestiales, nada es mejor que el cuerpo celestial. Hay cuerpos celestiales y terrestres; y ciertamente los celestiales son mejores: lo que supera la naturaleza de estos cuerpos, no sé cómo puede llamarse cuerpo; pero tal vez es una cierta fuerza sujeta a la razón, por la cual Dios y la verdad son conocidos: esta naturaleza, porque es moldeable por la virtud y la prudencia, cuya fuerza contiene y restringe su fluctuación, y por esto parece casi material, correctamente es llamada agua por la divinidad; no excediendo el ámbito del cielo corporal por el espacio de los lugares, sino por el mérito de la naturaleza incorpórea. Y puesto que llamó al cielo firmamento, no es absurdo entender que todo lo que está bajo el cielo etéreo, en el cual todo está pacificado y firme, es más mutable y disoluble. Algunos creyeron que esta clase de materia corporal, antes de recibir forma y distinción, era lo que abarcaba estas aguas visibles y frías sobre la superficie del cielo. Intentaron aportar evidencia de la lentitud de una de las siete estrellas errantes, que es superior a las demás y que los griegos llaman Φαίτων, y que completa el círculo zodiacal en treinta años, para que sea lenta porque está más cerca de las frías aguas que están sobre el cielo. No sé cómo esta opinión puede ser defendida por aquellos que han investigado estas cosas con gran sutileza. Sin embargo, nada de esto debe afirmarse temerariamente, sino que todo debe tratarse con cautela y modestia.

30. Y dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas y separe las aguas de las aguas. Y así fue. Después de que dijo, así fue, ¿qué necesidad había de añadir de nuevo, E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las aguas que estaban sobre el firmamento? Pues cuando dijo antes, Y dijo Dios: Haya luz; y hubo luz; no añadió de nuevo, Y Dios hizo la luz: pero aquí, después de que dijo, Y dijo Dios: Haya; y así fue, se añadió, y Dios hizo. ¿Acaso de aquí se desprende que no debe entenderse aquella luz como corporal, para que no parezca que Dios la hizo mediante alguna criatura interpuesta (y digo Dios Trinidad): pero este firmamento del cielo, porque es corporal, se cree que recibió forma y figura a través de una criatura incorpórea, de modo que primero se imprimió razonablemente en la naturaleza incorpórea lo que se imprimiría corporalmente, para que se hiciera el firmamento del cielo: y por eso se puso, Y dijo Dios: Haya; y así fue; en la misma naturaleza racional primero se hizo tal vez de donde se imprimiría la figura al cuerpo.

## CAPÍTULO IX.

Cuando se añadió, Y Dios hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las aguas que estaban sobre el firmamento; ¿se significa también la cooperación en aquella materia, para que se hiciera el cuerpo del cielo? ¿O tal vez por causa de la variedad, para que el texto del discurso no se volviera tedioso, no se puso arriba lo que se puso abajo, y no es necesario escudriñar todo minuciosamente? Que cada uno elija lo que pueda: solo que no afirme temerariamente algo desconocido como conocido; y recuerde que es un hombre que investiga sobre las obras divinas tanto como se le permite.

31. Y llamó Dios al firmamento cielo. Lo que se trató antes sobre la vocación, también aquí puede considerarse: pues no todo firmamento es cielo. Y vio Dios que era bueno. Y lo que se trató antes sobre esto, se reconsideraría, si no viera que no es el mismo orden. Pues antes, Y vio Dios la luz que era buena; y luego se añade, Y Dios separó la luz de las tinieblas; y llamó

Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche: pero aquí, después de que se narró lo que se decía que se hizo, y después de que se llamó al firmamento cielo, entonces se dice, Y vio Dios que era bueno. Si no se varió así para evitar el tedio, ciertamente nos vemos obligados a entender lo que se dijo. Y Dios hizo todo al mismo tiempo. ¿Por qué entonces primero vio que era bueno, y luego impuso el nombre; pero aquí primero impuso el nombre, y luego vio que era bueno; a menos que esa diferencia signifique que no hay intervalos de demora en la operación de Dios, aunque se encuentren en las mismas obras? Según el intervalo de las demoras, algo se hace primero y luego, sin las cuales no puede haber narración de los hechos, aunque Dios pudo haber hecho estas cosas sin ellas. Y fue la tarde, y fue la mañana, el segundo día. Ya se trató de esto antes, y creo que las mismas razones también valen aquí.

## CAPÍTULO X.

32. Y dijo Dios: Reúnanse las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco. Y así fue. De aquí se puede creer más probablemente que el agua mencionada antes, como pensábamos, es la misma materia del mundo. Pues si todo estaba lleno de agua, ¿de dónde o hacia dónde pudo reunirse? Si llamó agua a una cierta confusión material, esta reunión debe entenderse como la misma formación, para que la especie del agua fuera tal como la vemos ahora. Y el mismo, aparezca lo seco, que se puso, puede entenderse como la formación de la tierra, para que la tierra tuviera esta apariencia que vemos. Se dijo que era invisible y desordenada cuando aún le faltaba la especie de la materia. Entonces dijo Dios: Reúnase el agua que está debajo del cielo; es decir, que la materia corporal se reduzca a forma, para que sea esta agua que sentimos. En una sola reunión: la misma forma se recomienda con el nombre de unidad. Esto es verdaderamente formarse, reducirse a uno; porque el principio de toda forma es sumamente uno. Y aparezca lo seco: es decir, que reciba una apariencia visible, y distinta de la confusión. Y bien se reúne el agua, para que aparezca lo seco; es decir, se contiene lo que fluye como el mar, para que lo que es oscuro se ilumine. Y así fue: tal vez también esto se hizo primero en las razones de la naturaleza intelectual, para que después lo que se dice, Y se reunió el agua en un solo lugar, y apareció lo seco, no parezca añadido superflualmente, cuando ya se había dicho, Y así fue; sino para que después de la operación racional e incorpórea entendamos que también siguió la corporal.

33. Y llamó Dios a lo seco tierra, y a la reunión de las aguas llamó mar. Aún nos acompaña aquella causa de los vocablos: pues no toda agua es mar; ni todo lo seco es tierra. Por lo tanto, qué agua era, y qué era lo seco, debía segregarse con vocablos. Pero la misma distinción y formación fue la vocación de Dios, no absurdamente aún puede entenderse. Y vio Dios que era bueno. Y aquí se mantuvo el mismo orden: por lo que también se deben comparar con lo que ya se ha tratado.

## CAPÍTULO XI.

34. Y dijo Dios: Produzca la tierra hierba de pasto, que dé semilla según su especie y semejanza, y árbol frutal que dé fruto, cuya semilla esté en él según su semejanza. Después de que se hicieron la tierra y el mar, y fueron llamados y aprobados, lo que hemos dicho a menudo no debe entenderse en intervalos de demora, para que ninguna lentitud siga a la inefable capacidad del Dios que obra; no se añade inmediatamente, como en los dos días anteriores, Y fue la tarde, y fue la mañana, el tercer día: sino que se añade otra operación, Que produzca la tierra hierba de pasto que dé semilla según su especie y semejanza, y árbol frutal que dé fruto, cuya semilla esté en él según su semejanza. Lo que no se dijo de aquella luz, ni del firmamento, ni de las aguas, ni de lo seco; pues la luz no tiene sucesión de propagación, ni el cielo nace de otro cielo, ni la tierra ni el mar engendran otros mares y otras

tierras que sucedan. Aquí, por lo tanto, debía decirse, que dé semilla según su especie y semejanza, y cuya semilla esté en él según su semejanza, donde la semejanza de los nacientes conserva la semejanza del que pasa.

35. Pero todas estas cosas están sobre la tierra, de modo que se adhieren a ella por las raíces y se continúan, y de nuevo de algún modo se separan: por eso creo que se mantuvo la significación de esta naturaleza en esta narración; porque se hicieron el mismo día en que apareció la tierra: y sin embargo, Dios dijo de nuevo que la tierra produjera; y de nuevo se dijo, Y así fue; luego, según la regla anterior, después de que se dijo; Y así fue, se añade la misma ejecución, Y dio la tierra hierba de pasto, que da semilla según su especie; y árbol frutal que da fruto, cuya semilla está en él según su semejanza. Y de nuevo dice, Y vio Dios que era bueno. Así que estas cosas se unen en un día, y se distinguen entre sí por las palabras repetidas de Dios. Lo que no se hizo con la tierra y el mar, creo que es porque más bien debe discernirse la naturaleza de estas cosas, que cuando nacen y mueren, se propagan por la sucesión de la semilla. ¿O porque la tierra y el mar pudieron hacerse al mismo tiempo, no solo en las razones de la criatura espiritual, donde todo se hizo al mismo tiempo, sino también en el mismo movimiento corporal; pero los árboles y todas las plantas no podrían nacer, a menos que la tierra en la que germinaran hubiera precedido: por eso debía repetirse el mandato de Dios, para que se significara la diferencia de los hechos, sin embargo, no en otro día, porque se fijan y se continúan con las raíces en la tierra? Pero se puede preguntar por qué Dios no les impuso nombres: ¿o se omitió porque la multitud de ellos no lo permitía? Pero esta cuestión se considerará mejor después, cuando observemos otras cosas que Dios no llamó, como llamó a la luz, y al cielo, y a la tierra, y al mar. Y fue la tarde, y fue la mañana, el tercer día.

## CAPÍTULO XII.

36. Y dijo Dios: Haya luminarias en el firmamento del cielo, para que alumbren sobre la tierra, y separen entre el día y la noche; y sean para señales y para tiempos, y para días, y para años; y sean para resplandor en el firmamento del cielo, para que alumbren sobre la tierra. El cuarto día se hicieron las luminarias, de las cuales se dice, y sean en los días: ¿qué quieren entonces los tres días pasados sin luminarias? ¿O por qué estas serán en los días, si también sin estas pudieron haber días? ¿O porque más evidentemente aquella producción del tiempo y el intervalo de las demoras puede distinguirse por el movimiento de estas luminarias por los hombres? ¿O esta enumeración de días y noches vale para la distinción entre aquella naturaleza que no fue hecha, y aquellas que fueron hechas: para que se llamara mañana por la especie de las cosas hechas; y tarde por la privación? Porque en cuanto concierne a aquel por quien fueron hechas, son hermosas y formosas: pero en cuanto a ellas mismas, pueden fallar, porque fueron hechas de la nada; y en cuanto no fallan, no es por su materia, que es de la nada, sino por aquel que es sumamente, y las hace ser en su género y orden.

37. Y dijo Dios: Haya luminarias en el firmamento del cielo para que alumbren: ¿se dijo esto solo de las estrellas fijas, o también de las errantes? Pero las dos luminarias mayor y menor se cuentan entre las estrellas errantes: ¿cómo entonces se hicieron todas en el firmamento, cuando cada una de las errantes posee sus propios globos o círculos? ¿O porque en las Escrituras leemos de muchos cielos y de un cielo, así como en este lugar cuando se dice firmamento cielo, debe entenderse que se dice toda esta máquina etérea que contiene todas las estrellas; bajo la cual vigila la serenidad del aire puro y tranquilo, bajo la cual también se agita este aire turbulento y tormentoso? Para que alumbren sobre la tierra, y separen entre el día y la noche. ¿No había ya Dios separado entre la luz y las tinieblas, y llamado a la luz día, y a las tinieblas noche? de lo cual se desprende que él separó entre el día y la noche: ¿qué

significa ahora lo que se dice de las luminarias, y separen entre el día y la noche? ¿O ahora se hace esta separación por las luminarias, para que sea conocida por los hombres incluso con los ojos carnales que usan para la contemplación de estas cosas; pero Dios la hizo antes del circuito de las luminarias, para que no pueda ser vista sino por pocos con espíritu sano y razón serena? ¿O Dios separó entre otro día y otra noche, es decir, entre la especie que imprimía a aquella informidad, y la informidad que aún quedaba por formar; pero este día y esta noche son otros, cuya vicisitud se observa con el giro del cielo, que no podría hacerse sin el orto y ocaso del sol?

### CAPÍTULO XIII.

38. Y sean para señales y para tiempos, y para días, y para años. Me parece que lo que dijo, para señales, aclaró lo que dijo, y para tiempos; para que no se entendieran las señales por un lado, y los tiempos por otro. Pues ahora llamó tiempos a aquellos que con la distinción de intervalos significan que la eternidad inmutable permanece sobre ellos, para que el tiempo aparezca como una señal, es decir, casi una huella de la eternidad. Asimismo, cuando añade, y para días, y para años, muestra qué tiempos dijo, para que los días se hagan con la conversión de las estrellas fijas; pero los años son manifiestos, cuando el sol recorre el círculo zodiacal; más oscuros, cuando cada una de las estrellas errantes lo hace en sus órbitas. Pues no dijo, Y para meses, porque tal vez el mes es el año de la luna; así como doce lunas son el año de aquella estrella que los griegos llaman Φαέθοντα, y treinta años del sol son el año de aquella estrella que se llama Φαίρων. Y tal vez así, cuando todas las estrellas vuelven al mismo lugar, se completa el gran año, sobre el cual muchos han dicho muchas cosas. ¿O dijo para señales, por las cuales se significa un camino seguro para navegar: pero para tiempos, como es el tiempo de primavera, y el verano, y el otoño, y el invierno; porque también estos se varían con el giro de las estrellas, y guardan sus turnos y orden: pero para días y para años, como ya se ha expuesto, debe entenderse?

39. Y sean para resplandor en el firmamento del cielo para que alumbren sobre la tierra. Ya se había dicho antes, Haya luminarias en el firmamento del cielo, para que alumbren sobre la tierra; ¿por qué creemos que se repitió? ¿O como se dijo de las plantas, para que den semilla, y esté en ellas semilla, según su especie y semejanza; así aquí al contrario se dijo de las luminarias, Haya y sean, es decir, que sean y no engendren, sino que ellas mismas sean. Y así fue. Se mantiene ese orden.

40. E hizo Dios dos luminarias; la luminaria mayor para el inicio del día, y la luminaria menor para el inicio de la noche, y las estrellas. ¿Qué dice inicio del día, e inicio de la noche, pronto se verá. Y las estrellas que añadió, ¿pertenecen al inicio de la noche o no, es ambiguo. Algunos quieren que aquí se signifique que la luna fue hecha llena al principio, porque la luna llena surge al inicio de la noche, es decir, inmediatamente después de la puesta del sol. Pero es absurdo que no tomemos el comienzo desde el primero, sino desde el decimosexto o decimoquinto. Ni eso debe preocupar, que debió hacerse luminaria perfecta lo que se hizo. Cada día es perfecta; pero su perfección no se ve por los hombres, sino cuando está opuesta al sol desde la parte contraria. Pues también cuando está con él, porque está debajo de él, parece terminarse: pero también entonces es plena; porque se ilumina desde la otra parte, y no puede ser vista por aquellos que están debajo, es decir, los que habitan la tierra. Lo cual no puede enseñarse con pocas palabras, sino con disertaciones sutiles y demostración de ciertas figuras visibles.

41. Y las puso Dios en el firmamento del cielo, para que alumbren sobre la tierra. ¿Cómo dijo, Haya en el firmamento; y cómo ahora dice, E hizo Dios las luminarias, y las puso en el

firmamento; como si fueran hechas fuera, y después puestas allí, cuando ya se había dicho que se hicieran allí? ¿O de aquí también se significa que Dios no hizo como suelen los hombres, sino que se narró como pudo para los hombres: evidentemente que para los hombres es una cosa, hizo; otra, puso: pero para Dios ambas son lo mismo, quien haciendo pone, y poniendo hace?

42. Y presidan el día y la noche, y separen entre el día y la noche. Se había dicho inicio del día, e inicio de la noche, lo que aquí expone diciendo, presidan el día y la noche. Por lo tanto, debemos entender aquel inicio como principado, porque en el día nada es más excelente entre las cosas que se ven que el sol, y en la noche nada que la luna o las estrellas. Por lo cual también aquella ambigüedad ya no debe preocupar, y debemos creer que las estrellas están puestas de modo que pertenecen al inicio de la noche, es decir, al principado. Y vio Dios que era bueno. Se mantiene el mismo orden. Recordemos ciertamente que también estas cosas Dios no las llamó, cuando pudo decirse. Y llamó Dios a las luminarias estrellas; porque no toda luminaria es estrella.

43. Y fue la tarde y fue la mañana, el cuarto día. Si consideras estos días, que son distinguidos por el amanecer y el ocaso del sol, este no es el cuarto, sino quizás el primer día; para que pensemos que el sol surgió en el momento en que fue creado, y que se puso hasta que los demás astros fueron hechos. Pero quien entiende que el sol está en otro lugar cuando aquí es de noche, y que es de noche en otro lugar cuando el sol está aquí, investigará más profundamente la enumeración de estos días. CAPÍTULO XIV.

44. Y dijo Dios: Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra bajo el firmamento del cielo. Y así fue hecho. Los animales que nadan son llamados reptiles, porque no caminan con pies. ¿O porque hay otros que reptan bajo el agua en la tierra? ¿O hay alados en las aguas, como los peces que tienen escamas, o aquellos que no las tienen, pero que se impulsan con aletas? Puede dudarse si estos deben contarse entre las aves en este lugar. Pues también es una cuestión por qué atribuyó las aves a las aguas y no al aire. No podemos entender aquí solo a las aves que son familiares al agua, como las gaviotas, los patos y otras semejantes. Pues si solo hubiera hablado de estas, no habría omitido hablar de otras aves en otro lugar, entre las cuales algunas están tan alejadas del agua que ni siquiera beben. A menos que tal vez haya llamado agua a este aire contiguo a la tierra, porque se muestra húmedo incluso en las noches más serenas, ya que también se condensa en nubes. La nube, sin embargo, es agua, como todos sienten quienes tienen la oportunidad de caminar entre las nubes en las montañas, o incluso en los campos entre las nieblas. En este aire se dice que vuelan las aves. Pues en aquel más alto y puro, que verdaderamente es llamado aire por todos, no pueden: su peso no es sostenido por su tenuidad. En aquel tampoco se dice que se formen nubes, ni que exista algo tormentoso: pues allí no hay viento, de modo que en la cima del monte Olimpo, que se dice exceder los espacios de este aire húmedo, se dice que ciertas letras en el polvo suelen hacerse y encontrarse intactas e ilesas después de un año por aquellos que subían solemnemente el mencionado monte.

45. Por lo tanto, no es absurdo pensar que el firmamento del cielo en las Escrituras divinas se llama hasta estos espacios, de modo que también se cree que ese aire más tranquilo y purísimo pertenece al firmamento. Pues con este nombre de firmamento, se puede significar la misma tranquilidad y gran parte de las cosas. Por eso también creo que se dice en varios Salmos: Y tu verdad hasta las nubes (Sal. 35, 6; y 56, 11). Pues nada es más firme y sereno que la verdad. Las nubes, sin embargo, se condensan bajo esta región del aire más puro. Aunque se entienda figuradamente, está escrito sobre estas cosas que tienen cierta similitud

con esto; de modo que la criatura corpórea más constante y pura, que va desde la cima del cielo hasta las nubes, parece tener correctamente la figura de la verdad, es decir, hasta el aire nebuloso y tormentoso y húmedo. Por lo tanto, las aves que vuelan sobre la tierra bajo el firmamento del cielo, se atribuyen convenientemente a las aguas; porque no inconvenientemente este aire se llama agua. De aquí también se da a entender que no se ha dicho nada sobre el aire, cómo o cuándo fue hecho, porque este aire se mantiene bajo el nombre de las aguas, y aquel bajo el nombre del firmamento; y así no se ha omitido ningún elemento.

46. Pero tal vez alguien diga: Si en lo que se dijo, Reúnase el agua, entendemos que el agua fue hecha de aquella confusión de materia, y Dios llamó a esta reunión mar; ¿cómo podemos entender aquí que este aire fue hecho, que no se llama mar, aunque pueda llamarse agua? Por lo tanto, me parece que en lo que se dijo, aparezca lo seco, no solo se insinúa la apariencia de la tierra, sino también de este aire más denso. Pues a través de este aire la tierra es iluminada, para que sea visible para nosotros. En una sola palabra, en lo que se dijo, aparezca, se insinuaron todas las cosas sin las cuales no podría aparecer; es decir, tanto su apariencia, como su desnudez de las aguas, y la superposición del aire, a través del cual la luz se transmite desde la parte superior del mundo. ¿O más bien en lo que está escrito, Reúnase el agua, se recomienda la apariencia de este aire, porque cuando este aire se condensa, parece formar esta agua? Tal vez llamó reunión del agua a la coacción en densidad, para que se hiciera el mar; para que lo que no está reunido, es decir, no espesado, se eleve, sea agua, que pueda sostener a las aves voladoras, adaptada a ambos nombres, para que pueda llamarse agua más sutil, y aire más denso. Pero cuando se pregunta por qué fue hecho este, no se dice. ¿O tal vez es cierto lo que algunos quieren, que estas auras se hacen más densas que aquel aire superior y líquido por las exhalaciones húmedas del mar y la tierra, para que sean adecuadas para sostener los vuelos de las aves; y sin embargo más tenues que aquellas aguas con las que se lava el cuerpo, para que en comparación con ellas se sientan secas y aéreas? Y porque ya se había dicho sobre la tierra y el mar, ¿qué necesidad había de hablar sobre sus exhalaciones, es decir, las aguas de las aves, cuando entiendes que aquel aire purísimo y tranquilísimo se atribuye al firmamento?

47. Pues tampoco se ha dicho cómo fueron hechos los manantiales y los ríos. Quienes investigan y discuten estas cosas con más escrúpulo, dicen que del mar se extrae invisiblemente un vapor dulce por un superlapseo etéreo, en estas ascensiones que de ninguna manera podemos sentir: de ahí se forman las nubes; y así la tierra, empapada por las lluvias, destila y suda tanto en cavernas más ocultas, como para que, comprimido y fluyendo por diversos caminos, brote en manantiales, ya sean pequeños, ya sean adecuados para engendrar ríos. Quieren que haya pruebas de esto, que el vapor de las aguas marinas cocidas, recogido con una tapa curvada, ofrece un humor dulce a los que lo prueban. Y casi todos saben que los manantiales disminuidos sienten la falta de lluvias. También lo atestigua la historia divina, cuando Elías pedía lluvia en tiempo de sequía: pues mandó, mientras él oraba, que su siervo mirara hacia el mar; de donde, cuando vio surgir una pequeña nubecilla, anunció al Rey preocupado que la lluvia estaba cerca, con la cual pronto también fue regado mientras huía (1 Reyes 18, 43-44). Y David dice: Señor, que llamas al agua del mar, y la derramas sobre la faz de la tierra (Amós 5, 8; y 9, 6). Por lo tanto, al mencionar el mar, hablar de otras aguas sería superfluo, ya sean estas de rocío, que con su tenuidad proporcionan auras a las aves voladoras, o de manantiales y ríos; si también aquellas se hacen por exhalaciones, y estas emanan por lluvias recíprocas que la tierra absorbe.

CAPÍTULO XV.

48. Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes. ¿Por qué se añadió vivientes? ¿Pueden ser almas si no viven? ¿O quiso recomendar esta vida más manifiesta, que está presente en los animales sensibles, ya que las plantas carecen de ella? Y aves que vuelen sobre la tierra bajo el firmamento del cielo. Si las aves no vuelan en aquel aire purísimo, donde no surgen nubes, de aquí es evidente que pertenece al firmamento; porque se dijo que las aves vuelan sobre la tierra bajo el firmamento del cielo. Y así fue hecho. Se mantiene ese orden. Por eso se añade como en los demás, excepto en la luz, que fue hecha primero.

49. Y Dios hizo los grandes cetáceos, y toda alma de animales reptantes, que las aguas produjeron según su especie, y toda ave alada según su especie. Recordemos ciertamente que según su especie se dice de aquellas criaturas que se reproducen por propagación seminal: pues ya se ha dicho esto de las hierbas y de los árboles. Y toda ave alada. ¿Por qué se añadió alada? ¿Puede haber ave que no tenga alas? Pero si puede, ¿acaso Dios hizo este género; ya que no se encuentra dónde fue hecho? ¿O puede algo volar sin alas? Pues los murciélagos, las langostas, las moscas, y si hay algo semejante que carezca de plumas, no carece de alas. Pero se añadió alada para que no entendiéramos solo aves; ya que los peces tienen aletas, y vuelan sobre la tierra bajo las aguas: por eso no se dijo aves, sino volátiles en general y ave alada. Y vio Dios que era bueno. Y aquí se entiende como en los demás lugares.

50. Y los bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar; y multiplíquense las aves sobre la tierra. Quiso que la bendición valiera para la fecundidad, que aparece en la sucesión de la prole, para que con esa bendición, ya que fueron creados débiles y mortales, preserven su especie naciendo. Pero si también las plantas preservan su semejanza naciendo, ¿por qué no las bendijo? ¿O porque carecen de sentido, que es cercano a la razón? Pues tal vez no es en vano que Dios use la segunda persona al bendecir, como si convocara a estos seres animados, como si pudieran oír, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar; sin embargo, no se llega a la misma persona hasta el final de la bendición: pues sigue, Y multiplíquense las aves sobre la tierra; no dijo, Multiplicaos sobre la tierra. ¿O tal vez con esto se significa que el sentido de los seres animados no está tan cercano a la razón, como para poder recibir perfectamente al que los convoca, como aquellos que entienden y pueden usar la razón?

51. Y así fue hecho. Aquí ciertamente cualquier lento debe ya despertar, para entender qué tipo de días se enumeran. Pues cuando Dios dio a los seres animados ciertos números de semillas, manteniendo una maravillosa constancia en orden cierto, para que en un número cierto de días, según su género, conciban en el útero, y calienten los huevos puestos; cuya institución de la naturaleza se conserva por la sabiduría de Dios, que se extiende desde el fin hasta el fin con fortaleza, y dispone todas las cosas suavemente (Sab. 8, 1): ¿cómo pudieron en un solo día concebir, y llevar en el útero, y calentar y nutrir lo nacido, y llenar las aguas del mar, y multiplicarse sobre la tierra? Pues así se añade, Y así fue hecho; antes de la llegada de la tarde. Pero ciertamente cuando dice, Fue la tarde; recuerda la materia informe: pero cuando dice, Fue la mañana; la especie, que se imprimió en la materia por esa misma operación: pues la mañana concluye el día después de la operación transcurrida. Sin embargo, no dijo Dios, Hágase la tarde, o, hágase la mañana: es una breve conmemoración de las cosas hechas, significando por la tarde y la mañana la materia y la especie, que ciertamente ya se había dicho que Dios había hecho: aunque el mismo defecto, es decir, cuando se tiende de la especie a la materia y a la nada, si creemos que esto se insinuó correctamente con el nombre de noche, no dijo que fue hecho, pero sin embargo ordenado por Dios, cuando dijo anteriormente, Y Dios dividió entre la luz y las tinieblas: para que con el vocablo de la tarde se signifique la materia informe, que aunque fue hecha de la nada, sin embargo es y tiene capacidad para las especies y formas. También se puede entender con el nombre de tinieblas

la misma nada en absoluto, que Dios no hizo, y de donde hizo lo que se dignó hacer por su inefable bondad, siendo omnipotente, quien también de la nada hizo tanto.

52. Y fue la tarde y fue la mañana, el quinto día. Aquí después de que dijo, Y así fue hecho, no añadió como suele la ejecución, como si se hubieran hecho de nuevo; pues ya se había dicho anteriormente. Ni con esa bendición, que pertenece a la procreación de la prole, se fabricaba alguna nueva naturaleza; sino que se conservaban las que fueron hechas por sucesión. Y por eso tampoco se dijo aquello, Y vio Dios que era bueno: pues ya había agrado la misma cosa, que solo debía ser conservada en los nacimientos. Aquí, por lo tanto, no se repitió nada, excepto lo que dice, Y así fue hecho; y de inmediato se añadió sobre la tarde y la mañana: que al ser nombradas, se ha dicho que significan las obras pasadas de la materia informe y la especie que se impone. A menos que tal vez algo mejor y más sublime ocurra a los que buscan.

53. Y dijo Dios: Produzca la tierra alma viviente según su género; cuadrúpedos, y reptiles, y bestias de la tierra según su género, y ganado según su género. Y así fue hecho. Cuando se dijo alma, ¿por qué se añadió viviente; y qué significa según su género; y sobre la conclusión habitual donde se dice, y así fue hecho, como se trató anteriormente, deben considerarse y aceptarse. Pero cuando en la lengua latina el nombre de bestias significa generalmente todo animal irracional; aquí, sin embargo, deben distinguirse las especies, para que entendamos por cuadrúpedos a todos los animales de carga; por serpientes, a todos los reptiles; por bestias o fieras, a todos los cuadrúpedos indomables; y por ganado, a los cuadrúpedos que no ayudan trabajando, sino que dan algún fruto a los que los pastorean.

## CAPÍTULO XVI.

54. Y Dios hizo las bestias de la tierra según su género, y el ganado según su género, y todos los reptiles de la tierra según su género. Esta repetición de lo que se dijo, Y Dios hizo, cuando ya se había dicho, Y así fue hecho; debe considerarse según la regla anterior. Ciertamente aquí creo que con el nombre de ganado se significan todos los cuadrúpedos que viven bajo el cuidado de los hombres. Y vio Dios que era bueno: debe entenderse como de costumbre.

55. Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Y aquí deben observarse cierta conjunción y discreción de los seres animados. Pues dice que el hombre fue hecho el mismo día que las bestias. Pues todos los seres animados terrenales son simultáneos; y sin embargo, debido a la excelencia de la razón, según la cual el hombre se hace a imagen y semejanza de Dios, se dice de él separadamente, después de que sobre los demás seres animados terrenales se concluyó como de costumbre, diciendo, Y vio Dios que era bueno.

56. También debe considerarse aquello, que en los demás no dijo Dios, Hagamos; para que de alguna manera el Espíritu Santo quisiera insinuar la excelencia de la naturaleza humana. ¿A quién, pues, se dijo ahora, Hagamos, sino a aquel a quien se decía en los demás, Hágase? Pues todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada (Juan 1, 3). Pero ¿qué pensamos que se dijo de manera diferente, Hágase, sino para que él hiciera por mandato del Padre; y de manera diferente, Hagamos, sino para que ambos hicieran juntos? ¿O todas las cosas que hace el Padre, las hace por el Hijo, y por eso ahora se dice Hagamos, para que al mismo hombre, para quien se hizo la misma Escritura, se le mostrara en sí mismo que lo que el Hijo hace cuando el Padre lo dice, también el mismo Padre lo hace; para que lo que se decía en los demás, Hágase, y fue hecho, aquí se exponga, no como una dicción separada y una ejecución separada, sino ambas juntas, cuando aquí se dice, Hagamos?

57. Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Toda imagen es semejante a aquello de lo que es imagen; sin embargo, no todo lo que es semejante a algo, también es imagen de ello: como en el espejo y la pintura, porque son imágenes, también son semejantes; sin embargo, si uno no nació del otro, ninguno de ellos puede decirse imagen del otro. Pues es imagen cuando se expresa de algo. ¿Por qué, entonces, cuando se dijo a imagen, se añadió, y semejanza; como si pudiera haber imagen disímil? Bastaría, por lo tanto, decir a imagen. ¿O es otra cosa semejante, otra cosa semejanza; como es otra cosa casto, otra cosa castidad; otra cosa fuerte, otra cosa fortaleza: para que así como todo lo que es fuerte, es fuerte por la fortaleza; y todo lo que es casto, es casto por la castidad: así todo lo que es semejante, sea semejante por la semejanza? Sin embargo, nuestra imagen no se dice propiamente que sea nuestra semejanza, aunque propiamente se dice que es semejante a nosotros: para que allí esté esa semejanza, por la cual son semejantes todas las cosas que son semejantes, donde está también la castidad, por la cual son castas todas las cosas que son castas. La castidad, sin embargo, no es casta por participación de algo, sino por su participación son castas todas las cosas que son castas. Por lo tanto, también la semejanza de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, se dice propiamente semejanza; porque no es semejante por participación de alguna semejanza, sino que ella misma es la primera semejanza, por cuya participación son semejantes todas las cosas que Dios hizo por ella.

58. Por lo tanto, tal vez sea una exposición lo que se añadió a semejanza, cuando ya se había dicho a imagen; para mostrar que aquella que se llamó imagen, no es semejante a Dios como participante de alguna semejanza, sino que es ella misma la semejanza, de la cual participan todas las cosas que se dicen ser semejantes. Así como ella misma es la castidad, por cuya participación las almas son castas; y la sabiduría, por cuya participación las almas son sabias; y la belleza, por cuya participación son bellas todas las cosas que son bellas. Pues si solo dijera semejanza, no significaría que fue engendrada de él: pero si solo dijera imagen, significaría que fue engendrada de él, pero no significaría que es tan semejante, que no solo es semejante, sino que es ella misma la semejanza. Para que así como nada es más casto que la misma castidad, y nada más sabio que la misma sabiduría, y nada más bello que la misma belleza; así nada más semejante que la misma semejanza puede decirse, pensarse, o ser en absoluto. De donde se entiende que es tan semejante al Padre su semejanza, que llena su naturaleza plena y perfectamente.

59. Cuánto puede la semejanza de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, influir en la apariencia de las cosas, aunque supera en gran medida las capacidades del pensamiento humano, se puede, sin embargo, considerar de alguna manera; si observamos que toda naturaleza, ya sea que se presente a los seres sensibles o a los racionales, conserva entre sus partes semejantes la imagen de la unidad. Pues las almas racionales son llamadas sabias por la sabiduría de Dios, y este nombre no se extiende más allá: ya que no podemos llamar sabios a los animales, y mucho menos a los árboles, al fuego, al aire, al agua o a la tierra, aunque todas estas cosas existen por la sabiduría de Dios en cuanto son. Pero, en verdad, decimos que las piedras, los animales, los hombres y los ángeles son semejantes entre sí. Ahora bien, en cada cosa, la tierra, porque tiene partes semejantes entre sí, se hace tierra; y el agua también es semejante en cualquier parte a las demás partes, y no podría ser agua de otra manera; y cualquier cantidad de aire, si fuera diferente del resto, de ninguna manera podría ser aire; y una partícula de fuego o de luz, porque no es diferente de las otras partes, se hace lo que es: así, en cada piedra, árbol o cuerpo de cualquier ser animado, se puede discernir y entender que no solo con otras cosas de su género, sino en sí mismas, no existirían si no tuvieran partes semejantes entre sí. Y tanto más hermoso es un cuerpo cuanto más semejantes son sus partes entre sí. Además, en las almas, no solo la amistad entre unas y otras se

confirma por costumbres semejantes, sino que también en cada alma las acciones y virtudes semejantes, sin las cuales no puede haber constancia, indican una vida bienaventurada. Todas estas cosas son semejantes, pero no podemos decir que son la semejanza misma. Por lo tanto, si el universo consiste en cosas semejantes entre sí, de modo que cada una es lo que es, y todas completan el universo mismo, que Dios creó y gobierna; por la semejanza de aquel que creó todas las cosas, supereminente, inmutable e incontaminable, fueron hechas de tal manera que son hermosas con partes semejantes entre sí, pero no todas fueron hechas a esa semejanza, sino solo la sustancia racional: por lo cual, todas las cosas son por ella, pero no hacia ella, excepto el alma.

60. Por lo tanto, la sustancia racional fue hecha tanto por ella como hacia ella: pues no hay naturaleza interpuesta. Ya que la mente humana (lo cual no siente, a menos que sea purísima y bienaventurada) no se adhiere a nada sino a la verdad misma, que se dice semejanza e imagen del Padre y sabiduría. Por lo tanto, correctamente, según lo que es interior y principal en el hombre, es decir, según la mente, se entiende, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Pues el hombre debe ser estimado en su totalidad a partir de aquello que tiene el principado en él, lo que lo separa de las bestias. Las demás cosas en él, aunque son hermosas en su género, sin embargo, son comunes con los animales, y por lo tanto deben ser menospreciadas en el hombre. A menos que tal vez el hecho de que la figura del cuerpo humano esté erguida para contemplar el cielo, valga algo para que se crea que el cuerpo mismo fue hecho a semejanza de Dios; de modo que así como esa semejanza no se aparta del Padre, así el cuerpo humano no se aparta del cielo, como los cuerpos de otros animales que están vueltos hacia abajo, porque se postran hacia el vientre. Pero, sin embargo, esto no debe ser entendido de manera absoluta: pues nuestro cuerpo difiere mucho del cielo; en esa semejanza, que es el Hijo, no puede haber nada que sea diferente de aquel a quien es semejante. Porque cualesquiera otras cosas semejantes son, entre sí, también diferentes en alguna parte: pero la semejanza misma no es en ninguna parte diferente. Sin embargo, el Padre es Padre, y el Hijo no es otra cosa que el Hijo: porque aunque se dice semejanza del Padre, aunque muestra que no hay ninguna disimilitud interpuesta, sin embargo, no es solo el Padre, si tiene semejanza.

61. Y dijo Dios, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Lo que se ha dicho anteriormente expone suficientemente estas palabras de la Escritura, en las que leemos que Dios dijo, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que la semejanza de Dios a la cual fue hecho el hombre, pueda ser entendida como el Verbo de Dios, es decir, el Hijo unigénito: no para que él mismo sea la misma imagen y semejanza igual al Padre. Sin embargo, el hombre es imagen de Dios, como lo muestra clarísimamente el Apóstol diciendo: El hombre no debe cubrirse la cabeza, pues es imagen y gloria de Dios (I Cor. XI, 7). Pero esta imagen hecha a imagen de Dios, no es igual ni coeterna a aquel de quien es imagen; ni lo sería, aunque nunca hubiera pecado en absoluto. Sin embargo, ese sentido es más bien el que debe elegirse en estas palabras divinas, para que entendamos que no se dijo en singular, sino en plural, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; porque no fue hecho a imagen solo del Padre, o solo del Hijo, o solo del Espíritu Santo, sino a imagen de la misma Trinidad. Esta Trinidad es tal que es un solo Dios; es un solo Dios, de modo que es Trinidad. Pues no dijo hablando al Hijo, Hagamos al hombre a tu imagen; o, a mi imagen: sino que dijo en plural, a nuestra imagen y semejanza: ¿quién se atrevería a separar de esta pluralidad al Espíritu Santo? Esta pluralidad, puesto que no son tres dioses, sino un solo Dios, por eso se debe entender que después la Escritura introdujo singularmente, y dijo, Y Dios hizo al hombre a imagen de Dios; para que no se entienda así, como si Dios Padre a imagen de Dios, es decir, de su Hijo: de lo contrario, ¿cómo es verdad lo que se dijo, a nuestra imagen, si el

hombre fue hecho a imagen solo del Hijo? Por lo tanto, porque es verdad lo que dijo Dios, a nuestra imagen; así se dijo, Dios hizo al hombre a imagen de Dios, como si se dijera a su propia imagen, que es la misma Trinidad.

62. Sin embargo, algunos piensan que por eso no se repitió la semejanza, ni se dijo. Y Dios hizo al hombre a imagen y semejanza de Dios, porque entonces fue hecho solo a imagen: pero la semejanza le fue reservada después en la resurrección de los muertos: como si pudiera haber alguna imagen en la que no haya semejanza. Pues si no es en absoluto semejante, sin duda tampoco es imagen. Sin embargo, para que no parezca que solo razonamos, también debe ser aducida la autoridad del apóstol Santiago, quien al hablar de la lengua del hombre, dijo: Con ella bendecimos a Dios, y con ella maldecimos a los hombres, que han sido hechos a semejanza de Dios (Santiago III, 9).